Suplemento de cultura de Página/12

Martes 28 de julio de 1992

PRIMER PLANO///

Editor: Tomás Eloy Martínez

ROBERTO ARLT/50 AÑOS

EL LANZALLAMAS

Evocar a Roberto Arlt porque hay una efemérides de por medio sería injuriarlo. El 26 de julio se cumplió medio siglo de su muerte. Nada más afín a él, entonces, que un suplemento a destiempo. Esta entrega fuera de colección le está dedicada por completo. Incluye cuatro aguafuertes desconocidas, nunca editadas en libros (páginas 6 y 7); fotos y documentos de rara difusión, un estudio de Ana María Zubieta sobre el lugar fuera de serie que Arlt ocupa en la literatura argentina (páginas 4/5); una historia de la muerte, narrada por Diego Fischerman (pág. 3); una reflexión sobre sus pasos finales de escritor e inventor (páginas 2/3) y una cronología (pág. 8) elaboradas por Sylvia Saitta, a quien también se debe la compilación de las aguafuertes.





RETRATO DE

La eternidad en una

SYLVIA SAITTA

Con una Kodak al hombro y con mapas y cartas de recomendación en el bolsillo, Arlt parte, en 1935, para Europa. Ahí comienza, según Sylvia Saitta, una nueva etapa en su carrera periodística: se transforma en el verdadero cronista moderno.

Difícil aproximarse nuevamente a Roberto Arlt, un escritor del cual pareciera que todo ha sido dicho. Difícil también sustraerse al encanto de una imagen que con tanto empeño construyó a lo largo de muchos años y que gran parte de la bibliografía posterior se encargó de confirmar: la imagen del escritor improvisado o "advenedizo" en la literatura, sin más patrimonio cultural que lecturas desordenadas y un tercer grado inconcluso. Una figura que, al conjugar en sí misma marginalidad y falta de reconocimiento público, crece y se diversifica convirtiendo a Arlt en el escritor incomprendido, cuyos valores están más allá de una escritura desprolija, llena de imperfecciones.

Sin embargo, el cincuentenario de su muerte, en el cual los festejos y conmemoraciones pondrán el punto final a un proceso de consagración que comenzó allá por los años cincuenta, incita a conjeturar nuevas aproximaciones. La versatilidad de Arlt, su apuesta permanente al cambio, la imposibilidad de encontrarlo allí donde esperábamos, abren un abanico de preguntas que devuelven nuevas figuras. Sobre todo, si se piensa que la producción de sus últimos años sigue siendo una zona poco transitada y, en cierta medida, desconocida. Intentar pensar al Arlt posterior a 1932 (fecha en que se publica *El amor brujo*, su última novela) y delinear algunos puntos de abordaje que permitan reconstruir, una vez más, otra imagen posible, es la intención de estas notas.

Las ilustraciones de este número extraordinario fueron proporcionadas por el profesor Omar Borré, especialista en la obra de Arlt.

"Un viaje es ir de sorpresa en sorpresa"

Señores... me voy a España." Desde el 12 de febrero de 1935, los lectores de las "Aguafuertes Porteñas" publicadas diariamente en *El Mundo*, se preparan para compartir con Roberto Arlt la realización de un viaje largamente deseado. Recuerdan que todos los fines de año, ante el inminente sorteo de la "grande", el cronista porteño soñaba con esos dos millones que lo arrancarían de la monótona rutina cotidiana. Recuerdan su expectativa ante un golpe de suerte capaz de concretar los mil proyectos nunca cumplidos:

"Lo primero, rajar del diario, no escribir una línea en el riguroso plazo de un año; segundo: adquirir una hamaca paraguaya para descansar de la gimnasia sueca; tercero: un aparato de esos de goma para hacer ejercicio; cuarto: un viaje por Europa. Rajar directamente para Cádiz, vagabundear un poco por Andalucía, Marruecos; y de allí a Egipto."[1]

Y en esos principios de 1935, con una máquina de fotos Kodak, múltiples mapas, cartas de recomendación y guías de viaje, Arlt inicia el viaje que un Balder ya olvidado había diseñado con tanto cuidado...

Dos largos meses pasan antes de que Arlt dé señales de vida. Sus lectores, como parece informarlo el diario, lo esperan ansiosamente:

"Se espera, así, una nota de Arlt como algo indispensable al espíritu de la ciudad. Por eso es que su silencio, prolongado apenas lo suficiente para retornar a sus expresivas pinturas, desde tierras extrañas hasta ahora a su conocimiento, suscitó más de una pregunta inquisidora. ¿Dónde está Arlt? Aquí está, pues, de cuerpo entero, hablándonos de lo visto y observado en España, cuyo paisaje, cuyos tipos, cuyas costumbres desfilarán por sus crónicas a medida que recorra ciudades y visite pueblos, con su Kodak de globbe-trotter cuyo lente fijará escenas y momentos con la misma simpatía que su retina humana."[2]

Y los paisajes entrevistos por este "globbe-trotter" incansable, irán desfilando por la página seis de *El Mundo* durante un año, a lo largo del cual recorre Andalucía (Vejer de la Frontera, Granada, Sevilla, Algeciras, Cádiz, Málaga); cruza a Marruecos (Africa) donde recorre las ciudades de Tánger, Marruecos, Tetuán; Galicia (La Coruña, Vigo, Betanzos, Pontevedra, Santiago de Compostela); Asturias (Oviedo, Gijón): Castilla la Vieja (Santander); las Vascongadas (Bilbao, Baracaldo, Guernica); Navarra (San Sebastián, Eibar); Aragón (Zaragoza); Castilla la Nueva (Madrid, Toledo) y finalmente Barcelona.

En cada una de estas ciudades, como en sus notas porteñas, Arlt se entremezcla con la gente, comparte sus fiestas populares y sus actividades, escucha sus historias y recupera las anécdotas que le permitirán ir armando el panorama de lo que está sucediendo en esta España inmediatamente anterior a la Guerra Civil. Se sumerge en bares y cafés donde la política exalta a sus contertulios:

"Oigo discutir con apasionamiento y aspereza. Los litigantes barajan nombres de personalidades que no conozco y los mozos forman círculo en torno de los discutidores, asintiendo o tomando nota."[3]

Se asombra de la miseria de los barrios pobres y de la cantidad de desocupados que pueblan las calles; arma el cuadro económico de la península e intenta comprender una situación política que se presenta turbulenta y próxima a estallar. Las fiestas religiosas, el panorama cultural,

Arlt con una familia andaluza en vísperas de la Guerra Civil.

UN VOYEUR

media de mujer

los movimientos nacionalistas e independentistas, el problema agrario, junto con la descripción de monumentos, iglesias y ciudades: todos los tópicos de una España atravesada por una fuerte crisis política y social son los universos por los cuales Arlt transita intentando dar respuestas y vaticinando catástrofes. Sus reflexiones se agudizan ante las elecciones de marzo de 1936 que le dan el triunfo al Frente Popular y Manuel Azaña es electo presidente:

> "Es evidente que la atmósfera española está cargada de grandes masas de electricidad. Los hechos se suceden rápidamente. Situándoles en la línea sinuosa que traza el avance y retroceso de los partidos, comunican al espectador el voltaje extraordinario que en estos momentos encrespa el organismo político español."[4]

Sin embargo, el estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 lo encontrará lejos del escenario bélico: Arlt regresa a Buenos Aires en mayo de ese mismo año.



"¡Tan penetrante es la maravillosa universalidad del cine!"

A su regreso, y con el impacto del viaje todavía resonando en su cabeza, Arlt debe volver a sus tareas cotidianas: llenar las tres páginas en blanco con las novecientas palabras diarias; entretener a los lectores; trabajar...

Pero, ¿de qué hablar? Ante un mundo próximo a volar en mil pedazos, su visión de Buenos Aires ha cambiado: ya no encuentra novedades en sus calles ni "dramas escondidos en siniestras casas de departamentos" ni "historias crueles en los semblantes de ciertas mujeres"; lo único que aparece ante sus ojos es la paz "la paz musmilímica. La paz de la noria. La paz del villorrio campesino. ¡Qué vida aburrida la de esta ciudad!". Y en esa cotidianidad que pareciera devorarlo, la única posibilidad de ver algo interesante es entrando a un cine...

"Ir al cine es, en cierto modo, viajar de una manera ideal, mucho más de lo que algunos pueden suponerse." Y Arlt decide seguir viajando: después de reiterados pedidos al director, su columna diaria pasa a la sección "Cinematográficas", en la cual se ocupará de los nuevos estrenos:

> "Mientras llegue la hora de partir para algún desconocido país en mi calidad de hombre de la calle y curioso de novedades, trataré de destacar en algunos artículos, los elementos que hacen dignas de atención a ciertas películas."[5]

El cine, entonces, le brinda a este "voyeur" ávido de novedades, una nueva posibilidad de continuar presenciando historias ajenas y de conocer nuevos universos referenciales a partir de los cuales reflexionar. En sus monótonos comentarios cinematográficos Arlt centra su mirada en los dramas representados, más que en la película como tal, señalando permanentemente las inexactitudes históricas en las cuales estos dramas se desarrollan. Pero la larga extensión de las notas (en las cuales narra los argumentos) junto con su indiferencia por la interpretación de los actores, la calidad de la película o los modelos cinematográficos en los que éstas se inscriben llevan a su director a rever la medida: "Largá, Roberto, volvé a la página seis". Y Arlt desaparece del diario por cinco largos meses...

"Tiempos presentes"

En marzo de 1937 una nueva columna, firmada por Roberto Arlt, se inaugura en la página seis del diario: "Tiempos presentes", que luego dejará su lugar a "Al margen del cable". Difícil es para sus lectores habituales reconocer al pasado cronista en estas nuevas notas: Buenos Aires desaparece como referente textual, dejando el paso a comentarios y reflexiones sobre la situación internacional.

Pero, ¿cómo ser el testigo de un mundo convulsionado por los totalitarismos y la invención de nuevas armas para matar, desde una pequeña redacción de Buenos Aires? ¿Cómo dar cuenta de lo que realmente importa? Pareciera que los cables de noticias internacionales que diariamente llegan al diario, le dieran a Arlt una respuesta, de la cual se aferra para poder seguir escribiendo. Y ese conjunto desordenado de cables, donde la brevedad, la ausencia de detalles con que esas "tres líneas. Una foto. Un nombre... y a otra cosa" comunican las noticias más atroces, es el que dispara la posibilidad de seguir imaginando e hilvanando historias.

De este modo, su columna diaria se convierte en una caja de resonancias donde los grandes temas internacionales conviven pacíficamente con las anécdotas triviales que llegan a la redacción: el horóscopo de Hitler, la invención de los bares automáticos o las andanzas de Al Capone van armando un verdadero mosaico en el cual la mirada de Arlt sabe encontrar siempre una nueva vuelta de tuerca.

Pero a pesar de estos intentos, su identidad como reporter moderno entra en crisis: si "el orgullo del periodista moderno (es) estar junto al fuego donde los hombres fríen la catástrofe", dominar varios idiomas, recorrer el mundo y ser un aventurero que arriesga la vida en cada misión, desde Buenos Aires, el deseo de ocupar ese lugar se torna insostenible:

> "Ahora, frente a la máquina de escribir, el blanco del papel se extiende ante mis ojos como una alucinación en una llanura nevada. La llanura de Teruel. Nieve. Frío. Podría estar yo allí, en esta comitiva de automóviles que van cargados de periodistas hacia Teruel."[6]

Presenciar otros acontecimientos; conocer otros universos; atravesar otros mares; leer otros libros... En Arlt el deseo siempre está puesto en otro lado: siempre hay un más allá al que se aspira llegar, un nuevo viaje que realizar: "Yo creo que los únicos sueños que nos proporcionan felicidad son los irrealizables. Aquellos que escapan al dominio de nuestra voluntad. Todo deseo que uno puede volcar a la realidad deja de ser sueño, se convierte en suceso corriente, y el alma se le cae a uno de entre las manos. Pienso así".

Y es quizás en esa búsqueda infatigable por inventar alguna forma de eternidad en una media de mujer, donde se puede leer, ampliada como bajo una lupa, la apuesta de Roberto Arlt por una imaginación (y un deseo) que nunca se detenga.

1 "Y ahora... a yugarla", en el diario *El Mundo*, 26 de diciembre de 1929.
2 "Las islas Canarias, puertas de España", en *El Mundo*, 8 de abril de 1935.
3 "Las islas Canarias, puertas de España", en *El Mundo*, 8 de abril de 1935.
4 "La destitución de Alcalá Zamora - Un momento dramático de la política española", en *El Mundo*, 15 de abril de 1936.
5 "Roberto Arlt escribe sobre cine", en *El Mundo*, 27 de agosto de 1936.
6 "También los periodistas..." en *El Mundo*, 4 de enero de 1938.

NOCHE TERRIBLE
"El día que yo muera"

"Si yo supiera todo lo que sabes/ lo que desde tu muerte has aprendido/ lejos del canto y las palabras graves,/ fría la boca, inútil el oído!...", escribe Horacio Rega Molina en el número veintiuno de la revista *Conducta*, publicada por el Teatro del Pueblo. En ese número, correspondiente al bimestre julio-agosto de 1942 y dedicado a Roberto Arlt, además de sus "Pequeña historia del Teatro del Pueblo" y "Primera autobiografía", se incluyen poemas de Marisa Serrano Vernengo ("...Saber de lo truncado, el tiempo roto/ la impresionante huida irremediable...") y César Fernández ("...Aquí mi mano que buscó tu mano/ aquí mi corazón donde pervives/meridiano, nocturno, atrabiliario./ Y otros ojos te lloren, no los míos"), retratos de Arlt por Roberto Mariani, Conrado Nalé Roxlo y Octavio Rivas Rooney y la fantasía de Nicolás Olivari "Roberto Arlt en el cielo". En ella lo imagina diciéndole a San Pedro: "Drepa, ¿por qué no me manda al purgatorio a hacer una nota?" y entablando amistad con Rilke, Charles Louis Phillipe, Carriego y Almafuerte: "—¡Che, rajemos...! Aquí también nosotros seguimos siendo los reos".

El mismo 26, el vespertino *Crítica* dedica un importante espacio a la muerte, resaltando al compañero de trabajo.

Ese día *La Nación* mencionaba la edición de *La forma de la espada*, de Jorge Luis Borges y, el 27, hablará de la sorpresiva desaparición de un importante escritor argentino.

Contrastando con el cálido y elogioso comentario aparecido en *El Mundo* (de Editorial Haynes, la misma de *Crítica*), en *La Prensa* se escribe: "...Un criterio más estricto en la concepción, un mayor equilibrio de la imaginación entusiasta, habrían convertido a esas obras (los escritos de Arlt) en dechados de los distintos géneros, pero tal como son valen ya mucho como documentos de una vocación literaria excepcionalmente rica".

Mariani, en *Conducta*, decía: "¿Qué entiende la gente por buena persona?"

"Buena persona es aquel de quien los demás —y los diarios— dicen inteligente, honrado, diputado, virtuoso, distinguido, campeón de billar, presidente de ciertas instituciones (...) a Roberto Arlt le gustaba jugar con estas absurdas leyes de la convivencia social (...) Se mostraba mentiroso (...) confrontando esas dos páginas (dos autobiografías) no se sabe cuándo nació ni cuántas veces lo echaron de la escuela; si es que alguna vez lo echaron. Afirma que practicó todos los oficios, lo cual ha de ser cosa que reclamara un oficio por día..."

"Se me ocurre ahora imaginar —continúa Mariani— qué desastroso retrato personal de Roberto Arlt haría el futuro historiador de la literatura argentina cuando, componiendo su librote, y precediendo al juicio estrictamente crítico, utilizase esos *documentos humanos* de primera mano, esas confesiones directas del mismo Roberto Arlt, dándole plena fe..."

Arlt había dicho: "Me interesan entre las mujeres deshonestas, las vírgenes; y entre el gremio de los canallas, los charlatanes, los hipócritas y los hombres honrados". De poder habría inventado también su muerte y, quizá, lo hizo.

UNAS PURAS CENIZAS. De hecho, existen por lo menos dos versiones creíbles. En una, cansado y ya con un dolor en el pecho, se retira del Teatro del Pueblo, va a votar, llega a su casa sintiéndose mal y, atribuyéndolo al clima, se recuesta por un rato para ya no levantarse. En la otra discute telefónicamente con su segunda mujer, Elizabeth Shine, con quien se había casado un año antes en Uruguay —Carmen Antinucci, la primera esposa, había muerto en 1940— y sale apresurado. Camina por el centro, va al Círculo de la Prensa, pierde el tiempo y, casi sin saber cómo, llega a su casa. Trata de esquivar los reproches, queriendo ser amable en atención al embarazo de Elizabeth, se acuesta junto a ella y muere en paz y dormido.

Lo cierto es que hubo una tormenta rápida y pasajera y Arlt, por primera vez, fue al Círculo de la Prensa. Lo que nadie discute es que los alemanes avanzaban sobre Ucrania y los editoriales de los diarios discurrían sobre la importancia que podían tener para los japoneses las Islas Aleutianas, que se acababa de aprobar en el Senado un plebiscito para la reforma constitucional y la Emulsión de Scott (aceite de hígado de bacalao) era lo mejor, según rezaba el aviso, para la edad delicada de las niñas.

Alguien podría interesarse en las liquidaciones de Grimoldi y Tiendas La Piedad y, entretanto, con certeza, Arlt era velado en el mismo local que había visitado menos de un día antes para votar. Muchos dicen que leía todo lo que encontraba; otros —empezando por él mismo— que sólo Dostoievsky y Flaubert. Están los que aseguran que odiaba la música —sobre todo el tango— y los que afirman que era un melómano fanático que amaba especialmente a Igor Stravinsky y a Manuel de Falla (si no, justifican, de dónde sacaba el título de sus libros).

Hay quienes cuentan que nunca se casó realmente, fiel a sus ideales anarquistas, y los que opinan que, en verdad, se casó muchas más que dos veces.

Carlos Eresky, Leónidas Barletta, Mario Cao, Carlos Betini, Roberto Mariani, Nicolás Olivari, entre otros, llevaron el ataúd el lunes 27 a las 11 de la mañana, por el camino que conducía a la Sala de Cremaciones del Cementerio del Oeste. "No tengo parientes —había mentido Arlt— y como respeto la belleza y detesto la descomposición, me he inscripto en la Sociedad de Cremaciones para que el día que yo muera el fuego me consuma y quede de mí, como único rastro de mi limpio paso sobre la tierra, unas puras cenizas."

DIEGO FISCHERMAN

ROBERTO

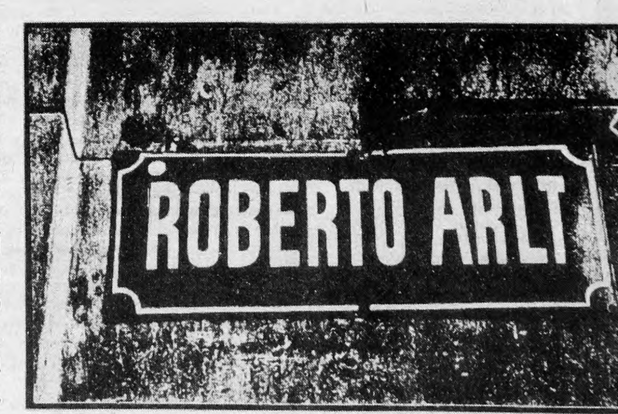
ARLT

50 AÑOS

EL LUGAR DEL CAMBIO EN LA LITERATUR

Y Boedo quedó

Si bien la obra de Arlt comparte con la del grupo de escritores de Boedo ciertos rasgos como la crueldad, la agresividad y el carácter marginal de los personajes, Ana María Zubieta demuestra aquí que en realidad el gran escritor dio un salto cualitativo que inauguró, para la narrativa argentina, la modernidad.



ANA MARIA ZUBIETA

Cuando en 1926 Roberto Arlt publica *El juguete rabioso* anuncia el nacimiento de la novela moderna en la Argentina, gesto inaugural que se confirma con la aparición de *Los siete locos* (1929), que rompe con los cánones vigentes en la narrativa que le es contemporánea, y con esa novela fracturada, hecha de repeticiones, farsas, infamias y confesiones, produce la literatura más brillante de su momento.

Si el ciclo *Los siete locos-Los lanzallamas* puede considerarse fundacional es porque "invierte" gran parte del patrimonio literario nacional, es decir, lo usa a su manera, lo da vuelta, cambia de lugar los términos, registra otras huellas, diferentes de las conocidas, cierra y abre líneas, linajes, tradiciones; transforma, pues, el sistema literario y exhibe una fabulosa capacidad para incoporar, reorganizar y combinar valores extraestéticos que generó y sigue generando lecturas.

Los siete locos-Los lanzallamas mantiene un "suspenso" indefinido y, a la vez, se mantienen "suspendidas", dependientes, condicionadas por factores que siempre las reactualizan, las representan, las traen al presente: la clandestinidad de la sociedad planeada por el Astrólogo; sus proyectos revestidos de utopía que exponen violentamente la encarnadura del poder o la burla de que sirvan para intereses personales; el secuestro de Barsut; la ficcionalización de los sucesos que terminan siendo la posibilidad de un film; la postulación de la necesidad de un cambio; el valor del trabajo y los modos de ganar plata; el Astrólogo, su figura, su discurso o las formas de hacer política y reclutar adeptos; las confesiones ante el comentador y los alcances de la justicia fueron, son o podrán ser, éstas u otras, buenas excusas para seguir leyendo a Arlt.

Los siete locos-Los lanzallamas despliega un muestrario de discursos que significan la literatura, es decir, son señal del resto de la literatura. Entre esos restos está la literatura social de Boedo, que se produce en su mismo recorte espacio-temporal y sobre la que lleva a cabo una operación de inclusión, superación y crítica. Por un lado, se constata una aproximación de Arlt a ciertos escritores que tuvieron con Boedo una relación tangencial y difusa —Enrique González Tuñón y Antonio Méndez Calzada— y que, como él, ejercieron el periodismo. Ese sector del boedismo comparte con la narrativa arltiana algunos rasgos prominentes: la crueldad, la agresividad, el corte brusco que produce un efecto, un tono diferente de los que venían dominando, el horror trivializado o el humor, presente en el relato que justifica la posesión de un sobrenombre, como puede leerse en "El filósofo alucinado", de González Tuñón donde se explican las razones para llamar al chico "Cero a la izquierda", relato comparable al que respalda los sobrenombres de "El rufián melancólico" o "El hombre que vio a la partera".

Pero, el primero de los aspectos comunes es la incorporación reflexiva de las nuevas condiciones de producción del escritor —proliferación de revistas, folletines e inserción en el periodismo— como en "Cuento de Navidad", de Méndez Calzada. Esa relación emerge con especial intensidad en la narrativa arltiana y se traduce en la permeabilidad que se registra entre literatura y periodismo. Así, la situación de Silvio Astier cuando busca trabajo en *El juguete rabioso* aparece casi sin variantes en "El tímido llamado" (*Aguafuertes porteñas*): un núcleo temático pasa de un texto a otro de diferente función social y en el segundo se lo rubrica como una observación directa de la realidad, lo cual vuelve vanas las distinciones literatura/periodismo y ficción/realidad. La contaminación, la abolición de los límites son una marca (prematura) de esta literatura: *El juguete rabioso* empieza con un acto de lectura (la lectura de los folletines) y termina con un acto de palabra (la delación); *Los siete locos* empieza con un acto de palabra (la acusación), y termina el ciclo en *Los lanzallamas* con un acto de escritura/lectura: el periodista redacta la nota del suicidio de Erdosain: folletín/periodismo: Roberto Arlt acerca, de manera inédita, la literatura a sus fronteras y postula un nuevo modo de entender la práctica de la escritura.

Pero, su relación con Boedo es, simultáneamente, de impugnación, disidencia y crítica ya que *Los siete locos - Los lanzallamas* rompe la causalidad lineal de los relatos de Boedo y lo que sucede no es casi nunca consecuencia inevitable de lo anterior: Erdosain consigue el dinero que debe reponer y, sin embargo, continúa la búsqueda; narrar un antes y un después no emplaza la génesis ni la causalidad: la situación previa a la entrada en la marginalidad no motiva el paso dado: el Rufián Melancólico no se hace cafishio porque era profesor de matemáticas.

En segundo lugar, *Los siete locos-Los lanzallamas* corroe el afán didáctico moralizante de la literatura de Boedo y, entonces, para hacerse prostituta, Hipólita decide estudiar y compra "un montón de libros que hablaban de la mala vida". El saber, en su totalidad, sufre alteraciones: como Erdosain conoce una parte de lo que le van a contar, el relato del otro es, generalmente, redundante; además, el saber no conduce a una verdad largamente ocultada y, cuando se descubre, ya está lejos de la justicia que puede darle alcance. Hay, pues, un saber a medias, incompleto que, sin embargo, permite el progreso de la acción precisamente porque es incompleto o tiene incorporado un punto falso, un engaño: al final de *Los siete locos* Erdosain cree haber presenciado el asesinato de Barsut cuando, en realidad, asistió a una farsa planeada por el Astrólogo y el mismo Barsut pero es justamente esto lo que abrirá paso a la continuación en *Los lanzallamas*.

El robo, el secuestro, la prostitución, la mendicidad, la extorsión, la explotación de mujeres, los inventos, son los modos posibles de ganar plata, términos que dibujan una ausencia fundamental, la del trabajo, que en la literatura de Boedo es siempre desarraigo, miseria, burocracia y explotación. El abandono de los trabajos o los inventos no corporizados traducen patéticamente el tiempo empleado para la producción de algo que resultará completamente inútil. En el mismo sentido, las "zonas de angustia" en las que cae Erdosain después de cada encuentro son, narrativamente, el punto privilegiado de la inactividad, su exasperación: son los momentos en que no sucede absolutamente nada.

En los textos de los escritores de Boedo ("Nico y el abuelo", de Alvaro Yunque; "Amigos", de Leónidas Barletta; "Lázaro", de Elías Castelnuovo) los niños tienen un rol semejante al que tenían en las novelas del ochenta (*Sin rumbo*, de Eugenio Cambaceres o *La gran aldea*, de Lucio V. López): son víctimas que acompañan la miseria sufrida por los padres; suelen trabajar para recuperar el honor perdido y dan consuelo, compensando la extrema pobreza con amor. Son absolutamente virtuosos, son, en realidad, una prolongación del mundo de los adultos, lo confirmaron y acentúan y, por supuesto, trabajan. En *El juguete rabioso* los niños-adolescentes roban, fracasan en el trabajo, delatan y en *Los siete locos* son el telón de fondo contra el que contrasta la actuación del adulto: así pueden leerse las historias de niñas, especialmente la última, en la que Erdosain le habla a una niña de cosas obscenas instándola a que se las cuente a sus compañeras. En *El juguete rabioso* y en *Los siete locos* los niños constituyen, en relación con el ochenta y con la literatura social, formas que han cambiado de función.

Si la inserción del trabajo en la literatura social pretende ser una postulación de clase, su negación adquiere en 1926 dos matices: si en *Don Segundo Sombra* (como en *Raucho*), de Ricardo Güiraldes, apartarse del trabajo es una respuesta de clase, en Arlt la diferencia pasa por otras coordenadas: una inmigración distinta (los apellidos lo dicen) con su línea filiatoria cortada (no hay padres, no hay hijos) busca otras alternativas políticas, otra inserción, otras formas de agrupación, "otros trabajos". La marginación del trabajo no es específicamente coyuntural y, por

anto, el mundo del trabajo deja-
le ser la gran divisoria social: ya
explotados, los sujetos deciden su
rginalidad, optan por una vida al
de de la ley o se ubican en espa-
s con una legalidad distinta —la
a del Astrólogo en Temperley
nde se urden los planes de esa co-
ia revolucionaria a instalarse en la
dillera— y no están solos: se nu-
án, se agrupan y, por lo menos,
siete. Esta línea de apartamien-
del trabajo que se inicia con la
rativa de Roberto Arlt va a conti-
arse en *Adán Buenosayres*, de
opoldo Marechal, en donde la sus-
nsión del trabajo sirve como excu-
para plantear, desplegar y deba-
aspectos de la cultura nacional.
Por último, *Los siete locos-Los
nzallamas* rompe la dicotomía pú-
co/privado que, a partir del tra-
jo, sostiene a la literatura social:
s sujetos de la narrativa de Boedo

sufren las consecuencias de la explotación y las humillaciones del trabajo pero su ámbito familiar les da consuelo, los conforta. En *Los siete locos - Los lanzallamas* los sujetos ligados por vínculos no familiares matan, roban, delatan, se suicidan, actos que implican al otro, que repercuten en lo social e invierten la relación víctima/victimario de la narrativa social.

Estas subjetividades culpables encuentran en esa forma privada de relato que es la confesión, su lugar. Pero, operando una vez más una inversión, ese comentador ante quien se hacen las confesiones y que concentra las funciones de un escritor, las hace públicas: organiza lo narrado, corta, pone el punto y rescata la voz de los que van a desaparecer. Es decir, el comentador no juzga ni orienta; escucha y corrige la información cuando es errónea incorporando a su rol el de investigador de la verdad. Además, su ubicación fractura, rompe la homogeneidad del mundo constituido, introduce una palabra "ajena", presencia innominada que no está condenada a la disolución; su posición "a pie de página", lugar de la aclaración, de la distancia, de la diferencia, plantea un problema paradójico: por una parte, le da a lo narrado estatuto de "verdad", de hechos "realmente ocurridos" que el comentador conoce como testigo u oyente pero también se refiere al orden impuesto a los acontecimientos, a la reorganización del material narrado, con lo cual sostiene la ilusión de ficcionalidad.

La estructuración de estas novelas como una sucesión de confesiones las aleja del Dostoievski levantado por el boedismo (miseria, marginalidad, penurias del trabajo, etc.) y como parodia, cita y mediación del folletín entreteje esa otra ficción a la suya.

Pero si *Los siete locos-Los lanzallamas* cierra el ciclo iniciado en el ochenta e "invierte" la literatura social, este gesto se repite en relación con el grotesco: Roberto Arlt es el primero en llevar el grotesco a la novela como procedimiento aglutinador, como forma de operar la síntesis, como una de las maneras de unir lo fragmentado. El grotesco es intrínsecamente de doble faz, un conmutador semiótico enorme y, por eso, es uno de los recursos privilegiados para lograr ese efecto cuasicómico, semitrágico que aparece en estas novelas. Así, cuando Erdosain está hablando con Ergueta, repentinamente, éste le dice: "Rajá, turrito, rajá", injuria que se adosa al sujeto y lo hace perceptible de dos maneras diferentes: como un turro y como alguien que merece piedad por esa brutal despedida. La ambivalencia del grotesco también está presente cuando Erdosain le recuerda a Elsa, su mujer, que las prostitutas se despintan cuando llegan sus maridos y, entonces, o Elsa es lo contrario de una prostituta porque se queda pintada o es como las prostitutas porque está pintada.

Como es típico del grotesco, los personajes de *Los siete locos-Los lanzallamas* están frecuentemente descriptos con rasgos animales. Si son parecidos a animales, no entran en el orden social y se justifica su marginación; pero la animalidad atañe a lo físico y, por lo tanto, compromete sólo el cuerpo y deja intacta la conducta.

En *Los Siete Locos-Los lanzallamas* los personajes que conllevan la animalidad son los que tienen mayor peso narrativo; así, Ergueta (perfil de gavilán) le niega el dinero a Erdosain y le permite proseguir la búsqueda; Barsut (ave carnicera) es quien lo abofetea causando la idea del secuestro; por último, con la farsa de Bromberg (ojos como los de las bestias) se cierra *Los siete locos* y se abre la posibilidad de la continuación. La animalidad y la marginación voluntaria son los rasgos que definen las diferencias sociales, la alteridad. La animalidad queda, pues, separada de la xenofobia.

Pero, además *Los siete locos-Los lanzallamas* establece una relación especial con el grotesco teatral argentino, radicalizando sus propuestas. El espacio, el conflicto generacional entre padres e hijos, el problema de la inmigración y la inserción laboral son cuatro factores centrales en las obras de Armando Discépolo (*Mateo, Stéfano, Relojero*).

El reconocimiento otorgado en el grotesco teatral al inmigrante y a sus hijos aparece también en Arlt, que instala un tipo diferente de inmigración y donde el eje confictivo no es la convivencia en el conventillo sino la búsqueda empecinada de iguales, que son pocos y peligrosos, orillan el crimen, la locura, la prostitución, pero se unen.

Estas novelas se caracterizan por la sobreabundancia de nombres: los personajes suelen tener nombre y sobrenombre; la posesión de un sobrenombre reviste importancia porque pone en evidencia el enmascaramiento del nombre y opera como un elemento que borra-hace olvidar el nombre (el Astrólogo, el Rufián Melancólico) que es el que indica la procedencia, el linaje. El encubrimiento del nombre por el sobrenombre supone la negación del nombre del padre y la negación del grupo social al que pertenece el padre. El sobrenombre adquirido, al ser dado por los otros, es una remarca de identificación social que abre una línea de filiación no parental.

La falta de hijos es ausencia de sucesión y de proyección histórica de clase: ellos acaban con todo y se acaba con ellos, ecuación que hace trágico lo propuesto por el grotesco teatral. El ciclo *Los siete locos-Los lanzallamas* es un largo proceso agónico o la agonía de un grupo social, el camino de una pérdida de identidad que no se traduce en anomia sino que se invierte en profusión nominativa. El carácter y el rol de la mujer que se aleja o es prostituta es otra vía que confirma la ruptura de la continuidad familiar y social así como el fracaso de Erdosain como inventor también lo es porque el éxito sería la paternidad del invento como nueva realidad abierta al futuro, a la reproducción.

Por último, si los personajes son locos pero sólo siete, se superponen dos gestos tranquilizantes: se restringen los alcances de sus locuras y la locura se ciñe a un número reducido. Pero, revisando los apellidos (Haffner, Erdosain, Barsut, Bromberg, Lezin, etc.) se puede confirmar en la pluralización de los títulos la misma propuesta que hacía Discépolo a través de las individualidades (*Stéfano, Mateo*), o sea, la alusión a un grupo social en crisis. Arlt "invierte" una vez más y si la animalidad ya no es xenofobia, con lo cual se distancia del ochenta, también hace otra lectura de la inmigración extremando el planteo del grotesco teatral y allí donde los padres eran las figuras débiles y degradadas ahora están los hijos marginados, delincuentes, con un mundo que no termina desapareciendo totalmente: quedan dos prófugos de la Justicia (Hipólita y el Astrólogo), un loco (Ergueta) y Barsut (que se va a filmar los sucesos) porque un gran narrador, un buen inversor, deja siempre algo en pie para seguir leyendo, escribiendo.

A ARGENTINA

atrás



Sepelio de R. Arlt

Realizóse Hoy en la Chacarita

HABLA REGA MOLINA EN EL SEPELIO

El cortejo que acompañó los restos de Roberto Arlt. En círculo, Horacio Rega Molina, mientras pronuncia su oración de despedida.

Bajo la lluvia y un viento que deshojaba las grandes tipas de la Chacarita, realizóse hoy poco antes de mediodía el sepelio de Roberto Arlt. Duelo ... critores y periodistas, enco... la naturaleza un fond... nimo de... el

aparición. En la víspera de su muerte todos le habían visto, cordial y expansivo, durante la votación del Círculo de la Prensa.

A las 11.15 arribó el cortejo trasladándose hasta el crematorio. Allí despidieron a Roberto ... camaradas por interm... de Horacio R...

LAS HUELLAS EN "EL MUNDO"

Cuatro aguafuertes

ROBERTO ARLT

50 AÑOS

Desde la aparición misma del diario "El Mundo", en 1928, Arlt no dejó de publicar —hasta su muerte— una serie de aguafuertes que terminó constituyéndose en el primer fenómeno popular que escritor alguno haya suscitado en el periodismo argentino. El éxito de las aguafuertes fue tal que las cifras de venta de "El Mundo" decaían cuando no se publicaban, por lo que la dirección del diario decidió insertarlas en fechas arbitrarias, sin previo aviso.
La mayoría fue recopilada en libros. Cuatro de las más importantes se mantuvieron desconocidas hasta hoy. En todas, de un modo u otro, Arlt revela su relación de odio y amor con Buenos Aires.

Ahí viene la cana

("El Mundo", 20 de julio de 1929)

Ha fallecido el comisario Racana, que diera origen con su nombre a la imagen "¡ay, viene la cana!". Así se lo contó en cierta oportunidad a Josué Quesada el dicho comisario, quien narra que, cuando era oficial inspector, se había hecho popular en ciertos barrios por sus razias contra los malandrinos. Y los chicos, en cuanto a la distancia veían aparecer la popular figura del comisario, lanzaban el grito de alarma: "¡Ahí viene Racana!".

Pero tanto usaron al apellido que éste terminó por desgastarse y la R y la A se fusionaron en "la".

Grito de alarma

El grito prosperó primero entre los pibes que jugaban al football en medio de la calle. De eso hace muchos años, cuando aún no existía el subterráneo y los terrenos, que hoy cuestan cincuenta pesos la vara, estaban ocupados por hornos de ladrillos.

Jugar al football en medio de la calle o en las calzadas fue siempre un juego prohibido y perseguido por la policía de aquellos buenos tiempos. Los ladrones, entonces, tomaban el sol en las esquinas del arrabal; los vigilantes los conocían, pero como un ladrón era más peligroso que un muchacho, "la cana" se ensañaba con los futuros Tarasconi, Tesorieri, Monti, Paternoster, Ferreyra y Ochoa. Perseguía a los menores y a la pelota, más a la pelota que a los menores. Se hacía en cualquier vereda un partido de gambeta y pechazo y, cuando la partida estaba en lo mejor y se habían roto varios vidrios y atropellado a innúmeras comadres que venían de la carnicería, al trote de su jumento escuálido aparecía "la cana". La cana designaba al gremio de polizontes; no se refería a uno en especial, sino a la policía. "Ahí viene la cana", así como más tarde al gremio de investigaciones se designó con el nombre de la "yuta" y "ahí viene la yuta" fue un término de alarma entre los ladrones, como el anterior lo fuera entre los "footballers" callejeros.

Indignación

Recuerdo que no había grito que indignara más a los vigilantes que este "ahí viene la cana". La susodicha indignación, casi siempre, recaía sobre la pelota de jugar al football, pelota que secuestraba el "chafe" y gloriosamente llevaba bajo el brazo hasta la comisaría. En aquellos tiempos ese procedimiento era una forma de hacer méritos, como lo hacen hoy los agentes de tráfico encajando una multa por cualquier pavada. (El caso es pasar boletas.)

Demás está decir que entre la purretada y la policía mediaba un odio tremendo. El arrabal de aquel entonces tenía un periodiquín nocturno que se llamaba *El Picaflor Porteño* y una barra de maleantes que, en cuanto podía, achuraba a la policía sin escrúpulos de ninguna especie.

Los chicos tomaban ejemplo de los grandes y recuerdo que el deshonor caía sobre la familia que tuviera entre sus miembros un individuo que trabajara de vigilante.

Estos a su vez, abominaban de la gente arisca; pero como contra ella nada podían hacer porque los caciques políticos defendían a los maleantes, "la cana" se ensañaba con los chicos. Parece mentira, pero es así. En la calle sudaban sujetos que tenían un montón de muertes en su haber, mas no era raro el día en que un mocoso era detenido por hacerse la rabona; y recuerdo que un amigo mío (se había hecho la "rata") por intentar escabullirse de entre las manos del vigilante, fue llevado a la comisaría veintitrés con cadena. Este chico tenía once años...

La perrera y los vigilantes concitaban así, en su contra, el odio del arrabal. Aquel que distinguía el carro perrero a la distancia, llevaba la alarma a diez cuadras a la redonda. Con el vigilante ocurría lo mismo. El grito "ahí viene la cana" lanzado por los purretes ponía en guardia a los grandes, hacía escurrir a los perseguidos; los compadritos que tenían alguna cuenta que saldar entraban al almacén; los que tenían la conciencia intranquila pero la seguridad de que nada les ocurriría, se quedaban en la esquina tomando el sol, con el ala del sombrero bien doblada sobre la frente; y en aquellos días, insisto, era más peligroso ser socialista que haber degollado a media docena de prójimos.

Y los que pagaban el pato eran los menores. Partido de football que se organizaba, fracasaba si no se tenía la precaución de poner a un purrete de guardia por el lugar donde solía comparecer el "chafe". Igual ocurría en los robos de fruta, en que la muchachada solía, o solíamos, ir a despojar los frutales de las quintas. A la persecución de los tanos con sus mastines, se unía la de media docena de "canas" a caballo, que hacían un ruido enorme para demostrar que nada había entre dos platos.

Y la voz corrió, se hizo popular.

Hoy

En otra nota dije que los chicos de hoy desconocían un montón de emociones que hemos experimentado nosotros, los mayores. "La cana", el vigilante destartalado, turco o italiano, con barbas de siete días y piernas arqueadas y casco doblado para cualquier costado, ha desaparecido. "La cana" constituye hoy un cuerpo uniformado, con academia, condecoraciones, premios en las ligas que no ligan nada. "La cana", la legendaria "cana" semicómplice a veces de los furbos y malandrinos, compleja, turbia y despreciada, ha desaparecido.

—Hoy, cualquier zonzo con uniforme es respetado —me decía vez pasada un sargento de los otros tiempos—. Antes el uniforme no valía nada, lo que valía era el hombre.

Esos tiempos pasaron. Lo que hace falta es que pasen ciertas cosas de estos tiempos...

Señores... me voy a España

("El Mundo", 12 de febrero de 1935)

Y aún no puedo creerlo! Aunque a ustedes les parezca un disparate. Sí, no puedo creerlo, tan largamente, con tanto ardor de años e imposibilidades he deseado este viaje.

¡Ah! Y algo que no me avergüenzo de confesar: no me atrevo a escribir una palabra que pueda, con su referencia, dar una imagen de la arquitectura de este sueño.

Aquí, sobre el escritorio, tengo dos guías de España: en una valija de mano, un montón blanco de cartas; allí doblado, al socaire, un mapa donde las líneas azules de los ferrocarriles ponen una topografía de sistema arterial, junto al rojo venoso de las carreteras bifurcadas y la forma de estos papeles, el volumen de los libros, el color de los planos, danza en mis ojos movido por la incredulidad de que ocurra un prodigio tan próximo. Y aunque les parezca pueril, a mí este viaje se me antoja extraordinario, tan riguroso de posibilidades, que hora tras hora le tomo el pulso al tiempo decreciente que me separa del día jueves en que me embarcaré.

Y no les resulte metáfora literaria esto de tomarle el pulso al tiempo, que sólo los que se encuentran próximos a una tan tamaña aventura, pueden comprender la veracidad de semejantes palabras. Tomarle pulso al tiempo, significa sentirlo correr dentro de uno como una sangre más espesa y flamante: sangre que riega las entrañas con su congoja festiva y una inquietud alegre, pero infatigables ellas como el mismo sucederse de los minutos que siendo diferentes en significación son iguales en contenido.

¿Es necesario escribir estas palabras? Aquellos que han estado a dos pasos de un viaje expectante, las conocen. Aquellos que desean la aventura de un cruce oceánico, las intuyen; los que quedan, los que nos hemos quedado otras veces, conocemos la punzada que atraviesa el corazón cuando un amigo nos dice:

"Me marcho".

Irse.... Irse...

En el horizonte, en la vuelta de una calle, en el muro de nuestro cuarto, súbitamente se ha corrido el telón gris.

Lo desconocido está allí... tan desconocido en el hombre sincero consigo mismo que yo, teniendo aquí a mano las guías, los mapas, los planos, las fotografías de parajes que la tradición pinta maravillosos, no me atrevo ni a nombrarlos, porque ahora esas villas, esas provincias, aquellas urbes, son sucesiones de Desconocidos que iré conociendo. Sí; conociendo con mis ojos terrestres.

Podría anotar nombres de héroes, de reyes, de santos, de poetas y de aventureros... ¡Es tan fácil!... No hay más que abrir el libro y espiarlo un minuto... pero no quiero copiar. Lo Desconocido impone un respeto extraordinario y una devoción enteramente emocionada.

España, para mí, escritor de habla castellana, que a los once años se marea leyendo las primeras novelas que vienen de aquel país, constituye un sueño tan batido y acendrado que me parecería de una pedantería imperdonable, ahora que estoy próximo a levantar el telón, hablar de aquello que no conozco.

La suma de páginas que he leído, los personajes que me eran familiares, los clásicos de los que por amor estético aprendí largos párrafos, los trozos de historia que ensamblaban la personalidad de los héroes, y que para mí, hombre que no había viajado, constituían oro puro, se me han convertido ahora, entre las manos, en hojas secas. ¿Qué otra ceniza es, sino, el conocimiento libresco?

¡Estaré allá! La maravilla comienza con estas palabras: ¡Estaré allá! Y allá es lo desconocido. La geometría de ciudades antiquísimas, la sinfonía de un idioma más chasqueante y duro, la pintura de un paisaje que cambia y cambia de región a región, la hoja seca del conocimiento libresco transformándose, por magia, en pámpano jugoso...

¿Digan ustedes si no es tocar el cielo con la punta de los dedos? Si alguien cree que escribo entusiasmado, se equivoca.

Escribo al acecho, un acecho de horas que se filtran con lento tic tac, como granos de arena por el vidriado ojal de una clepsidra.

Ahora ya no es tarea de enfilar palabras más o menos ingeniosas o joviales, ni tampoco hora de prometer montes y mares, o de afirmar que veré esto o aquello, porque la más mínima promesa concreta que escribiera, estaría calcada en palabras de imprenta estampadas en un libro; y ésta es la hora maravillosa en que los libros se pueden tirar al agua y decir con el desenfado más completo y hermoso:

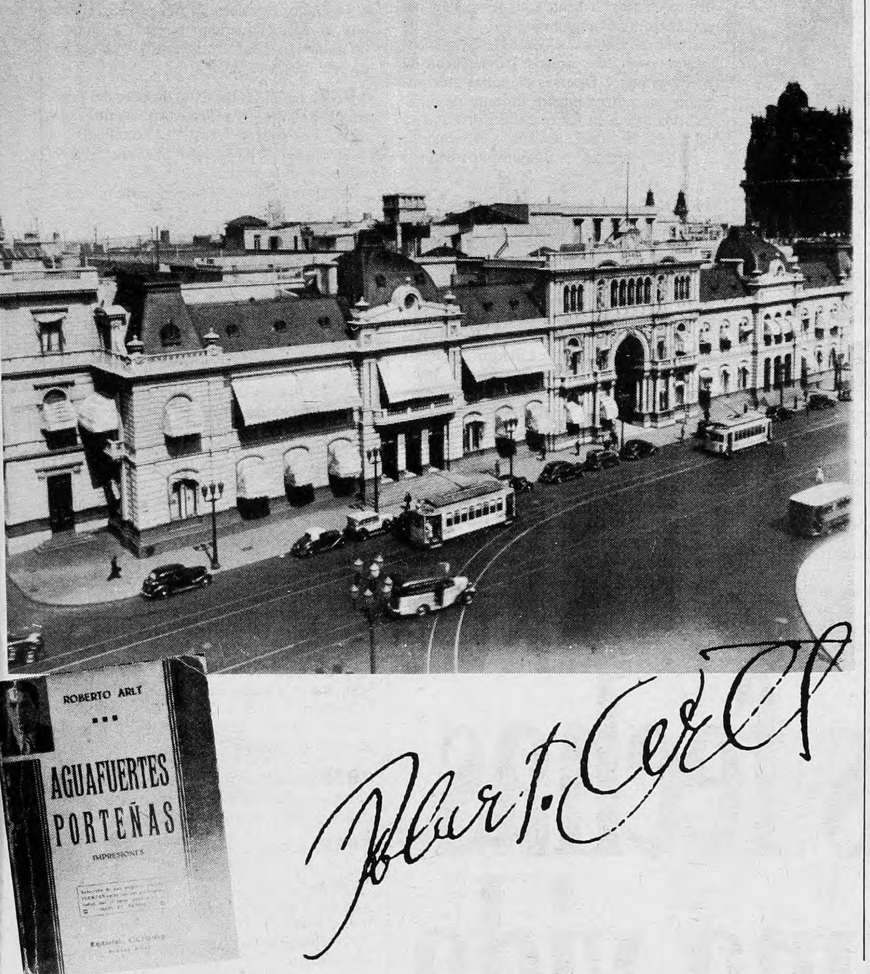
—Veré con mis ojos. Meteré la nariz y la cabeza y los pies y las manos y todo el cuerpo dentro de aquello, que es un país con una antigüedad conservada de siglos y siglos. Estaré allí. Allí con mi persona.

Esto basta.

Y aunque les parezca cálido y quizá exagerado, les diré que hay una sed de los ojos y otra sed del entendimiento que reclama con tanta avidez agua de tiempo, que cuando uno se aproxima a la oportunidad de llevar el vaso a los labios la mano tiembla.

Así, yo he escrito este artículo. Con pulso desigual. Y ustedes perdonen.

desconocidas



Elogio de la montaña

("El Mundo", 16 de febrero de 1930)

Muchachos: ustedes saben lo que es trabajar metido todo el año en la ciudad. El tormento del ómnibus y del tranvía, las calles que refractan calor, las fachadas de las casas que parecen paredes de hornos, todo el mundo con el cogote sudado, la jeta congestionada; ustedes saben lo que es la oficina, el jefe broncoso, que viene broncoso porque se peleó con la mujer y la mujer no es su empleado. Ustedes saben lo que es el ir y venir en esta noria que llamamos trabajo y a la que todos, más o menos, estamos amarrados como esclavos a una rueda de molino.

Bueno muchachos, yo quiero llevarles a ustedes, que todas las mañanas me leen en el tren, en el tranvía o en el subte, un poquito de este olor de montaña, de esta emoción de montaña violeta y azul y rojiza en el atardecer, mientras todas las copas de los árboles se balancean suavemente con la suave brisa. (Araca, me da por la poesía.)

Este campamento

Este campamento de la Yumen (se pagan setenta pesos por cada quince días de veraneo) es una papa. Y es una papa porque demuestra lo que puede la asociación de gente inteligente, de modo que creo que si todos los empleados de la ciudad resolvieran agremiarse y constituir un fondo común... pero me voy por las ramas. Yo no quiero saber ni medio de cuentas. Ni de sociología ni de nada. Quiero batir mi alegría de burro que ha rajado de la noria y que, casi en cueros, a la sombra de un sauce con la máquina instalada en un taburete, yuga alegremente frente a la montaña azul.

Esto es un bosque. Por donde se mira, no se ve nada más que verde. Ramas que cruzan para todos los costados como en la city los trolleys de los tranvías. Y por encima de las ramas más altas, el lomo de las montañas curvadas, un lomo a trechos verde, a trechos violeta; y usted, que siente que un gran descanso le va entrando en el alma, un descanso de superfiacún, un reposo de ultravago, una quietud de archiharagán.

Arriba hay nubes; el sol corta sus rayos en la espesura silvestre; pasa un auto; pasan unas muchachas; y usted, casi en traje de Adán, le sonríe al dolce far niente como el niño le sonríe a la madre.

Aquí...

Aquí no hay bares automáticos, no hay literatos, no hay cafés atorrantes, no hay malandrines, no hay rateros, no hay mujeres "malas" ni pesquisas ni revistas ni máquinas ni nada. Aquí hay montañas, bultos de piedra altísimos, mucho más altos que el pasaje Barolo o Güemes, tres o cinco o veinte veces más alto, con valles donde, de un momento a otro, me parece que van a salir bailando la danza del sol o de la luna o del diablo, indigenas auténticos.

Una deliciosa limoya le entumece los miembros. Yo siento una fiaca terrible de terminar esta nota; pienso en mi público, en mis lectores; pienso que a esta hora, seis de la tarde, en las redacciones de los diarios que salen a la mañana, llegan los compañeros con los ojos hinchados de sueño diciendo palabras inconvenientes del calor y del clima; pienso que mi director recoge la nota y rezonga entre dientes: "ya se las arregló este Arlt". Y lo veo rascándose la boca o la nariz, calándose las gafas para leer las macanas que yo escribo. En tanto, yo la gozo. Pienso que estoy libre; que me he escapado de la ciudad infernal; que esta noche dormiré en una carpa como un discípulo de Robinson Crusoe; pienso que mañana andaré navegando por este río que murmura entre las piedras mojadas... Muchachos ¡quién hubiera nacido rico!

¿No es una pena esto de no tener un millón de mangos? Yo me conformaba, y estoy seguro que ustedes también, con la mitad. O con la cuarta parte. O con la octava... Pero vamos muertos...tenemos que laburar.

¡Qué le vamo'aché! En tanto yo, metido bajo estos árboles que son como grandes hermanas de uno. Lo tapan con sombra y frescura; aquí, sin duda alguna, la vida es mejor, se le limpia el alma de mucha basura que le contagia la ciudad.

Cierto, yo no sé si es la contemplación de la naturaleza, el aire más puro, el agua más cristalina, el caso es que, de pronto, uno se olvida de un montón de cosas desagradables; el cuerpo se queda dulcemente abombado en una inercia colmada de bienestar.

A mi derecha, hay carpas. En un camino oblicuo cruza un hombre hacia el río. Algunas muchachas ríen más lejos. Unos chicos ponen los pies en el agua, los retiran, luego fruncen la frente y se meten hasta las rodillas en el río.

¡Cuántas cosas para describir! No he tenido tiempo todavía de adaptarme al medio. De describir la hora de la comida, nuestras diversiones, el ministerio de marina, de instrucción pública, etcétera, etcétera. que han creado los que aquí se aburren alegremente porque no hay derecho a estar triste; eso está terminantemente prohibido en esta casa de montaña fundada por gente del Norte, que quiere que la vida sea algo más linda de lo que en nuestra ciudad estilan las costumbres.

La montaña. Se acerca la noche. Oscurece. Cantan las ranas. El ruido del agua en la piedra es más nítido que el latido de nuestro corazón. Aquí crece una santa oscuridad que le llena de paz el alma. Me acuerdo de la ciudad y las sierras de Eça de Queiroz... me acuerdo de... créanlo muchachos, hay que buscar la forma de hacer un poco más linda esta vida. Y creo que se puede conseguir.

Arte de escribir anónimos

("El Mundo", 20 de noviembre de 1929)

Me atrevería a jugar mi sueldo, a que cualquier gil no es capaz de escribir un anónimo, y menos dos anónimos sin que lo descubran. Y ahora verán por qué.

En la dirección se recibieron, hace algunos días, dos cartas anónimas. En una lo ensuciaban admirablemente al autor de la página literaria que había salido el domingo en *El Mundo*; y en el otro lo ponían como palo de gallinero al que subscribe. A mí, que me ensucien no me extraña, y menos que las dichosas cartas vayan dirigidas a personas que me llaman y, riéndose, me dicen:

—Vea, Arlt: el anónimo que me escriben es contra usted.

Sigamos con el anónimo

Pero había una cosa curiosa en los dos anónimos: es que estaban escritos con tinta de color distinto, pero en una misma máquina. Ahora bien: ustedes saben que existe una máquina de escribir que pertenece al tiempo de Ñauquín, cuya escritura es inconfundible; máquinas que sólo se encuentran en esos escritorios foragidos, donde hay una caja de fierro que por todo capital tiene en su interior una yerbera y un paquete de cartas amorosas. Estudiado el tipo de letra, resulta que el autor de los dos anónimos era uno mismo... ¿Qué diremos? Un candoroso. Trataba de matar dos pájaros con una gansada, vale decir, con una misma máquina de escribir.

Ahora bien, meditando un poco, se llega a la conclusión de que el individuo que se entretiene en enviar anónimos, es un ser inocente que toda la vida se dedicará a la misma profesión.

Eça de Queiroz cuenta en *Los Maias* que en Lisboa, dos hermanas flacas y horrorosas, y sobrinas del arzobispo, tenían la exclusividad, en esa capital, de mandar anónimos a los maridos engañados y a todas las engañadoras de sus maridos. Inspiraban terror, y un poético cronista las designaba con el romántico nombre de la "dos mil vírgenes".

En el caso que nos ocupa, el señor susodicho no puede aspirar a que lo llamen virgen. Cuando más, lo podríamos llamar aspirante a pesquisa, que no sólo en el Departamento existen sujetos dados a la investigación de lo que no les importa, sino también en el género literario se descubren estos "tiras" inconscientes, delatores felices de poder exhibir su desvergüenza y que, en substancia, no son nada más que agentes de investigaciones fracasados.

Lecciones

Yo creo que el cuentero nace; no se hace.

Más aún, este corredor de oreja, como lo llama Quevedo, es "útil a la República". Así opinaba don Quijote cuando en la fila de forzados interrogaba al anciano que tenía sus "cascabeles de brujo y sus collares de hechicero".

Visto y oído a los clásicos que entienden el referido asunto, no queda otro remedio que darle unas lecciones al aficionado a escribir anónimos. Y allí van.

Un anónimo, o dos anónimos, no se escriben nunca con la misma máquina porque el que recibe el anónimo, después de analizar el contenido del brulote, lo desmenuza y si se comprueba que dos anónimos han sido escritos por el mismo puño o herradura, estos pierden el efecto que se proponía conseguir el corredor de oreja.

Así, por ejemplo, anoche después de leer los dos anónimos, alguien nos sugirió que escribiéramos sobre el asunto, para que los aficionados a amargarle la vida al prójimo supieran que con mala literatura y peor máquina, no se agria la existencia de nadie.

Del estilo

Estamos en una época de renovación literaria. Ahora bien, imagínense ustedes qué burro sería el autor del anónimo, que en él hablaba de Juan de Dios Peza, un poeta que sólo figura en las antologías de los anticuarios y que emocionaba a nuestras abuelitas.

No señor, no hay derecho. Cuando se escribe un anónimo, hay que ser ingenioso, moderno, sutil, chispeante, ocurrente, inesperado, veraz, venenoso; hay que tener sentido del maquiavelismo y, sobre todo, ser en la intención como el ácido nítrico: dejar huella imborrable sobre lo que se toca.

Más lecciones

Señor amateur de alacrán vergonzante: no use máquinas de escribir anticuadas. Estas suelen tener algunas letras que se desnivelan, como la "a", o que están sucias, como la "o".

Cambie la forma de empezar los párrafos; no use siempre el mismo margen; no se refiera a determinados periódicos ni use papel de originales. Observe que ciertas palabras llevan acento en alguna letra, como lo ordena la gramática y lo practica la gente que sabe escribir.

Con estas indicaciones, y un poco más de experiencia, llegará a ser un redactor de anónimos perfecto. Candor no le falta para una ocupación tan aburrida.

ROBERTO
ARLT

Pie de página ///

1900: En un hogar de inmigrantes del barrio de Flores, nace Roberto Godofredo Christophersen Arlt el 26 de abril ''bajo la conjunción de los planetas Mercurio y Saturno''. Es hijo de Karl Arlt (alemán) y Ekatherine Iobstraibitzer (austriaca).

1906: Arlt comienza la escuela primaria. Cursará hasta tercer grado: ''Yo no era burro —le dirá años más tarde a uno de sus maestros—. Me acuerdo de que cuando vos explicabas lo que era un poliedro, yo pensaba que era capitán de piratas...''

1908: Vende, por cinco pesos, su primer cuento a Joaquín Costa, ''un distinguido vecino de Flores''. (''Yo soy el primer escritor argentino que a los ocho años de edad ha vendido los cuentos que escribió''.)

1916: Las relaciones familiares, nunca pacíficas, se agravan en la adolescencia. Los continuos choques con su padre lo alejan de su hogar. (''Entre los múltiples momentos críticos que he pasado, el más amargo fue encontrarme a los 16 años sin hogar. Había motivado tal aventura la influencia literaria de Baudelaire y Verlaine, Carrere y Murger. Descorazonado, hambriento y desencantado, sin saber a quién recurrir porque mi joven orgullo me lo impedía, llené la plaza de vendedor, en casa de un comerciante en libros viejos''.)

1917: Cambia permanentemente de trabajo: ''Hice, sucesivamente, los trabajos de dependiente de librería, aprendiz de hojalatero, aprendiz de pintor, mecánico y vulcanizador. He dirigido una fábrica de ladrillos: después fui, cronológicamente, corredor, director de un periodicucho y trabajador en el puerto'' pero ''sobre todas las cosas deseaba ser escritor''.

1918: Aparece el cuento ''Jehová'' en la *Revista Popular*. Esa mañana ''va a todo escape a un quiosco y compra la revista. Efectivamente, allí está lo suyo, una columna de tipo pequeño y apretado, y arriba su nombre, su propio nombre y apellido. ¿Es posible? ¡Su propio nombre! y en letras de imprenta y como título de honor, el 'Prosas modernas y ultramodernas'. Pero entonces... ¡puede escribir... es un talento... talento... un geniazo!...''

1919: Comienza a escribir *El juguete rabioso*, según lo dice en el prólogo a la segunda edición.

1920: El 28 de enero publica en *Tribuna Libre* ''Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires'', al que firma como Roberto Godofredo Arlt. El 10 de marzo parte para Córdoba, donde pasará algunos años.

1921: Cumple el servicio militar en el 13° de Infantería en Alta Córdoba: ''Yo, en esa época, era ayudante armero, por virtud y gracia de algunas recomendaciones. Mientras los reclutas se pasaban el día al sol deslomándose en diabólicos ejercicios, tomaba mate con el sargento armero, un truhán picado de viruela e hijo de esta muy hermosa ciudad de Buenos Aires''.

Conoce a Carmen Antinucci, con quien se casa al año siguiente. Según sus propios testimonios publica en una revista cordobesa ''Diario de un morfinómano''.

1923: Nace en Cosquín su hija Mirta.

1925: Nuevamente en Buenos Aires, en la revista *Proa* publica dos capítulos de *El juguete rabioso* (''El rengo'' y ''El poeta parroquial'').

1926: Comienza a colaborar en *Don Goyo* donde escribe numerosos relatos. En octubre aparece su primera novela *El juguete rabioso* editada por la editorial Latina: ''Cuando se publicó esta novela los críticos se quedaron tan frescos como acostumbran a estarlo la mayoría de las veces que aparece un libro cuyo autor trae en sus alforjas la simiente de un fruto nuevo. Su aparición pasó sin dejar mayores rastros en los anales de la crítica, aun cuando entre la juventud *El juguete rabioso* provocara apasionados elogios''.

1927: Ingresa a *Crítica* como cronista policial: ''Yo era uno de los cuatro encargados de la nota carnicera y truculenta. Crimen, fractura, robo, asalto, violación, venganza, incendio, estafa y hurto que se cometía, y allí estaba yo. Incluso estaba obligado a hacer un drama de un simple e inocuo choque de colectivos. ¡A lo que obliga uno la necesidad del puchero!''.



50 AÑOS

1928: El 14 de mayo ingresa a trabajar al diario *El Mundo* donde publicará hasta su muerte de una columna diaria de Aguafuerte porteñas: ''Con el primer número de *El Mundo* apareció mi primera crónica. ¡Cuántas preocupaciones cruzaron por mi mente entonces! Habíame confeccionado una lista de lo que creía que serían los temas que en lo sucesivo yo desarrollaría diariamente en esta página, y logré reunir argumentos para veintidós aguafuertes. Con qué emoción me preguntaba entonces: cuando se agote esta lista de temas, ¿sobre qué escribiré?''. Ese mismo día, el diario publica su cuento ''Insolente jorobadito''.

1929: A mediados de setiembre abandona por dos meses sus tareas en el diario para terminar su segunda novela, *Los siete locos*, que aparece a fin de año editada por editorial Latina. Durante su ausencia es reemplazado por Raúl Scalabrini Ortiz. Regresa al diario el 15 de noviembre: ''Y heme aquí de vuelta al pago. Entre los compañeros; en mi mesa de costumbre. Hablando con ustedes, mis colosales y anónimos amigos. ¡Nuevamente de vuelta al pago! Después de haber atorranteado concienzudamente durante dos meses; dos meses en los que todos los días, a las siete de la tarde, me decía: —A esta hora el petizo Scalabrini está laburando mientras yo la vago''.

1930: El 13 de marzo inicia su primer viaje como reporter a Uruguay y Brasil: ''Hace una purretada de días que ando como azonzado. No doy pie con bola. Lo único que se aparece ante mis ojos es la pasarela de un piccolo navío. ¡Yo a bordo! ¡Me caigo y me levanto! ¡Yo a bordo!''. A los dos meses retorna al país en hidroavión a recibir el Tercer Premio Municipal de Literatura por *Los siete locos*: ''Yo, que soy un filósofo cínico sobre todas las cosas, diré que el fallo del jurado me ha dejado, más que tranquilo, satisfecho. Por estas razones: 1) Porque podían no haberme dado ningún premio; 2) Porque al concurso no fui a buscar prestigio (que lo tengo de sobra) sino plata, y plata me han dado; 3) Porque así es la vida, y ningún hombre puede ser más feliz porque en vez de darle dos mil le han dado tres o cinco mil que es el máximo del premio''.

1931: En agosto aparece la segunda edición de *El juguete rabioso* por la editorial Claridad. Publica numerosos relatos en *Mundo Argentino* y *El Hogar*.

Edita *Los lanzallamas* con el sello de Claridad (''El jefe de redacción del diario ha pasado un día a las 9 de la mañana por la redacción; otra tarde a las 3; una noche a las 9; un amanecer a las 2; y me ha encontrado siempre rodeado de papeles, hecho un foragido, con barba de siete días, tijera descomunal al costado y un frasco de goma agotándose. Entonces, se ha detenido frente a mí, diciendo: ¿Se puede saber qué diablos hacés? Escribís todo el día y no entregás una nota sino cada muerte de obispo. He tenido que contestarle: querido jefe, estoy terminando mi novela *Los lanzallamas* que sale el 30 de este mes a la calle'').

1932: Leónidas Barletta, director del Teatro del Pueblo, escenifica en su sala un fragmento de *Los siete locos*: ''El humillado''.

Estrena el 17 de junio su obra teatral *300 millones* en el Teatro del Pueblo.

Aparece su novela *El amor brujo* por editorial Victoria.

1933: Durante un mes recorre el litoral argentino a bordo del barco de carga ''Rodolfo Aebi''.

Aparece una selección de aguafuertes porteñas en editorial Victoria, y en setiembre la editorial Anaconda publica una antología de cuentos titulada *El jorobadito*.

1934: Viaja a la Patagonia argentina durante enero y febrero: ''Pienso recorrer el Neuquén, la cordillera de los Andes, la zona de los lagos y no sé si descubrir un nuevo continente. Como los exploradores clásicos, me he munido de unas botas (las botas de las siete leguas), de un saco de cuero como para invernar en el polo y que es magnífico para aparecer embutido en él en una película cinematográfica pues le concede a uno prestancia de aventurero fatal, y de una pistola automática''.

El 17 de octubre de 1934 Arlt patenta un procedimiento de su invención para fabricar medias de mujer cuyos puntos no se corran. Con entusiasmo, le cuenta a Calki: ''Conseguí hacer la media eterna, reforzándola en la puntera y en el talón con una combinación de caucho. ¿Te das cuenta? Es como el fósforo de Kreuger''.

1935: En febrero inicia un viaje a Europa hasta mayo de 1936, en el que recorre ciudades de España y Africa.

1936: El 4 de setiembre el Teatro del Pueblo estrena su obra *Saverio el cruel*. La compañía de Carlos Perelli y Milagros de la Vega pone en escena *El fabricante de fantasmas* el 8 de octubre en el Teatro Argentino.

Aparece *Aguafuertes españolas* por editorial Rosso.

1937: En diciembre realiza un breve viaje a Santiago del Estero para denunciar la caótica situación que está viviendo la provincia: ''Es necesario escribir con tal fidelidad lo que he visto, que cuando mis frases lleguen a ciertas partes, la gente se tape las narices, asqueada y avergonzada. No importa. Es la verdad. La verdad de un pueblo que se muere de hambre y de sed''.

El 30 de diciembre se estrena *La isla desierta* en el Teatro del Pueblo.

1938: El 17 de marzo el Teatro del Pueblo estrena *Africa*.

1940: Estrena *La fiesta del hierro* en el Teatro del Pueblo. Muere su esposa Carmen Antinucci.

1941: Desde enero hasta abril realiza un viaje a Chile donde publica el libro de cuentos *El criador de gorilas*.

Se casa con Elizabeth Shine en el Uruguay.

En la revista *Nuestra Novela* aparece ''Un viaje terrible''.

1942: Concluye su pieza *El desierto entra a la ciudad*.

Inesperadamente Roberto Arlt muere el 26 de julio de 1942. ''Lo cremaron en el cementerio del Oeste. Bajo el cielo gris, alzándose en la lluvia, una nubecita de humo blanco, anunció el fin. Cuarenta horas antes, Roberto Arlt había estado en el Círculo de la Prensa, vivo. Fue a votar en la elección interna. Viejos amigos y compañeros que no lo veían desde tiempo atrás, estrecharon su mano, cordial, efusivamente.'' (A. M. Delfino) Al día siguiente aparece en *El Mundo* su última nota periodística titulada ''El paisaje de las nubes''.

Meses después, nace su hijo Roberto Arlt.

S. S.

Las fechas de una vida

